



# LAS NIÑAS MARINAS

*Carmen.*— ¿Por qué tan sofocada?

Lupe no respondió, miró a sus hermanas con cansancio de hermana mayor y se dirigió sin decir palabra al traspatio.

*María.*— Algo le pasó, la persiguió un perro... o un pretendiente.

*Carmen.*— ¿Por qué siempre piensas mal de Lupe?

*María.*— Pienso como ella piensa.

Las tres hermanas menores se miran entre sí en el centro del luminoso patio. La casa había quedado abierta. Isabelita, la más pequeña, se adelanta por entre los grandes macetones de helechos y las pequeñas macetas de geranios rojos, y cierra la puerta del zaguán con un sonoro estremecimiento metálico. María, la segunda en edad, se acerca al traspatio y grita:

*María.*— ¡Lupeee, ya te dijo papá que no dejaras el zaguán abierto!

No hubo respuesta pero el aire del traspatio se rarificó con una ira. Las tres niñas continúan con sus juegos de sábado. Una pelota roja sube y se ilumina con el sol de la tarde y baja oscureciéndose con las sombras del patio, para rebotar sonora y rodar con flojedad. Dos muñecas de ojos de canicas observan los juegos infantiles y, atónitas, meditan sobre los misterios de la vida.

*Carmen.*— ¿Qué te gustaría ser cuando seas grande?

*Isabelita.*— ¿Yo?, pues no sé, como mamá.

*María.*— Para tener hijas tan necias como nosotras, ¡yo no!

La pequeña abrió sus grandes y melosos ojos y exclamó:

*Isabelita.*— Yo quiero casarme para tener una hijita tan buena como Carmelita.

*Carmen.*— ¡Yo no quiero ser tu hija!, *declaró cortante.*

*Isabelita.*→ ¿No quieres que sea tu mamá?, *lamentó.*

Y una lágrima pronta nubló la vista de la chiquilla.

*María.*— No llores, que todas las mamás son unas necias.

*Isabelita.*— ¡Mamá, no!, dijo con sus ojos aún inundados con un fluido lagrimón.

*María.*— Yo me quiero casar con alguien importante. Con un político, por ejemplo.

*Carmen.*— A papá no le va a gustar eso. Siempre habla mal de los políticos.

*María.*— Pero tienen mucho dinero.

*Carmen.*— Pero mamá dice que sus esposas están siempre tristes.

*María.*— Pero compran todo lo que quieren.

*Carmen.*— A ver, si fueras rica, ¿qué comprarías?

*María, con ilusión.*— Vestidos y sombreros. Zapatos de raso, perfumes y joyas, y un poco de rouge. Y una calandria elegante con cochero de levita... ¿Y tú?

*Carmen.*— Yo... una muñeca de porcelana con pelo natural, que se llame Mariana.  
Un juguetero y una pelota azul. Y compraría muchos cosas para papá y mamá, para Isabelita y para nuestros hermanos.

*María.*— ¿Y para mí?

*Carmen.*— ¿Para qué, si ya compraste todo?

La línea solar abandonó el patio. Los geranios perdieron su sangre y sus hojas dejaron de ser parasoles, para servir de paraguas.

*María.*— Nicolasa dice que soñó que de nosotras cuatro, una será rica, otra famosa, otra monja y otra desgraciada.

*Lupe, regresando.*— ¡Pido ser la rica!

*María.*— Pido ser la famosa. Carmen será la monja, aunque no le gusta rezar.

*Carmen.*— Yo no quiero ser monja.

*María.*— Isabelita será la niña triste porque le gusta llorar.

*Isabelita, en un puchero.*— Yo no quiero ser niña triste.

*Carmen.*— Nada de monja, me voy a casar con un escritor que me va a llevar a Europa.

*Lupe.*— ¿En barco o nadando?

*Carmen.*— Él me va a llevar.

*Lupe.*— Yo voy a ser rica porque me voy a casar con un pintor.

*María.*— Pues comerás cuadros, porque los pintores se mueren de hambre.

*Lupe.*— ¡No es cierto!

*María.*— ¿Y cómo sabes que te vas a casar con un pintor?

*Lupe.*— Lo acabo de conocer, *presume*.

La señorita en cierne se interrumpe sabiendo que ha hablado de más. La curiosidad infantil ha sido picada.

*María.*— ¿Y?...

*Lupe.*— Es cosa mía.

*María.*— No es cierto, ¡cuéntanos!

*Lupe.*— Espera y verás.

*María, a gritos.*— ¡Mentirosa!

Lupe agarra las trenzas de María y tira de ellas como si fuera la parada del tranvía.

*Lupe.* — ¡No me digas mentirosa!

En defensa franca, Carmen patea con su botita la sensible canilla de su herman mayor. Un grito de dolor inunda la casa. Como actriz consagrada, Lupe se tira al suelo y da voces hacia el interior de la casa, esperando ser oída por la madre. Pero sus lamentos no conmueven ni a la maternidad, ni menos a la cocinera Nicolasa. Las tres hermanas pequeñas huyen hacia el zaguán. Hay un momento de estupor. Lupe se yergue, endurece la expresión, y sin poder controlar la furia va hacia donde

están sus hermanas y con astucia empuja uno de los macetones para que caiga exactamente a los pies de las tres niñas empavorecidas. Todavía no tocaba suelo el macetón, cuando Lupe ya estaba con el chisme en la recámara de su madre.

*Lupe.*— ¡Mamá, María, Carmen e Isabelita te rompieron los helechos!

Con grandes zancadas la madre llegó al lugar del delito. Los terrones alcanzaban hasta las suelas de las pequeñas botas boleadas de blanco. Isabelita se sacudía con inocencia sus terregosos calcetores.

*Madre.*— ¡Ya les había dicho! ¡Nunca-jugar-con-las- macetas! Se quedarán un mes sin sus muñecas. [María quiere replicar]. La mejor forma de pedir perdón es aceptando la culpa. ¡Traigan sus muñecas!

Por los ojos de Lupe cruzó un rayo de regocijo triunfal. Las tres niñas compungidas sacaron a sus muñecas de sus espacios mágicos. Las catrinas y las pobres, las vanidosas y las despeinadas, una a una fueron cayendo dentro del inmiscericorde baúl de cuero, que entre sus arrugas guardaba recuerdos de paseos en tiempos de paz y de trayectos en medio de la guerra. Cuando todas las muñecas quedaron enclaustradas, la madre se acercó y, como verdugo, cerró la cárcel de la fantasía. Isabelita consternada levantó una mano para pedir permiso de hablar:

*Isabelita.*— ¿Puedo también dormir en el baúl?

La madre ocultó una sonrisa que fue aprovechada por María.

*María.*— ¡Es que Lupe se va a casar con un pintor!

La madre miró a su hija mayor, quien permanecía altiva y serena.

*Madre.*— ¿Cuándo es la boda?

*Lupe.*— Yo no dije nada.

Las tres niñas se abalanzaron junto a la madre afirmando con algarabía la inminencia de la boda.

*Madre.*— Lupe, mírame a los ojos y dime palabra a palabra lo que pasó.

*Lupe.*— Venía de la escuela y pasé por una iglesia vacía... [Se muerde los labios]  
Estaban pintando los techos...

*Madre, con voz de juez.*— No te pares, habla.

*Lupe.*— Había una gran escalera para subir. Arriba estaba un pintor pintando...

*Madre.*— ¿Y lo de la boda?

*Lupe.*— Él se dio cuenta que lo veía y me dijo: ¿Niña, que quieres?...

*Madre, rompiendo el apremiante silencio.*— ¿Y se puede saber qué querías? [Otro silencio] Lupe, mejor me dices toda la verdad porque no sabes mentir. Las mentiras se te leen en los ojos.

Al sentirse mirada por las inquisidoras, Lupe escondió el verde de sus ojos para ocultar el pavor.

*Lupe.*— Yo le dije que... que... que me quería casar con él. Y eché a correr.

*María.*— Nico dice que Lupe anda siempre de ofrecida.

Algarabía. La madre demandó silencio.

*Madre.*— Lupe, a ti ya no te puedo castigar las muñecas porque te vas haciendo señorita, pero esto que hiciste no tiene nombre. Ahora que llegue tu padre se lo voy a contar todo y esta vez no te vas a salvar del internado de monjas.

Una campanilla llama desde la puerta. Con estupor, las cinco mujeres ven por entre la reja del zaguán la figura de un hombre obeso y mal vestido, con ojos como de sapo.

*Visitante.*—Señora, es usted la madre de esta señorita.

Con su gordo dedo el visitante apuntó a Lupe.

*Madre.*—¿Qué se le ofrece?

*Visitante.*— Quisiera saber a qué hora pudiera hablar a su señor esposo.

*Madre.*— Vendrá en un momento más a comer.

*Visitante.*— Si me permite, esperaré aquí en el zaguán.

*Madre, con desconfianza.*— ¿Puedo preguntarle qué asunto le trae a esta casa?

*Visitante.*— Vengo a pedirle la mano de su hija.

*Madre, tartamudeando.*— ¿Con quien tengo el gusto?

*Visitante.*— Diego Rivera, para servirle a usted.

Sin tomar aliento, Lupe corre a ocultarse en el traspatio, pero al pisar los terrones del macetón tirado, rueda por el suelo entre cacharros y hojas de helecho. Se levanta y huye, mientras escucha la carcajada del pintor que suena como si le campanearan las entrañas.

La muchacha cerró los ojos y los oídos y contuvo la respiración hasta que se encontró en el último rincón de los rincones de la casa. Sólo oía sus pensamientos entrecortados por su propia respiración agitada: «¡Sí me caso! ¡Sí me caso! ¡Sí me caso! ¡Sí me caso! ¡Sí me caso!»

\*\*\*\*

*Carmen.*— ¿Cuándo llegará Isabelita?, ya me cansé de esperarla.

*María.*— Ya llegará, acuérdate que es la chiquita.

*Carmen.*— Pero ya es tiempo que nos alcance.

*María.*— Verás que va a llegar hablando de hilos y de puntadas, labores que a ti no te interesan tanto.

*Carmen.*— ¡Qué va, si me gusta tejer! En Estocolmo compré un huso medieval.  
*María.*— ¿Y lograste tejer algo?  
*Carmen.*— No, porque me pinché un dedo como la bella durmiente.  
*María.*— Pero a ti no te llegó un príncipe azul.  
*Carmen.*— ¿Y Octavio? ¿O acaso Carlos no lo fue?  
*María.*— No era ironía, sólo trataba de conversar.  
*Carmen.*— Pues hablemos de otra cosa... ¿Y Lupe?  
*María.*— Paciencia, Carmen, paciencia.  
*Carmen.*— Nunca la tuve y no esperes que ahora la tenga.  
*María.*— Cuando te agitas dejas de parecerme al retrato que te pintó Juan Soriano.  
*Carmen.*— Lo dices por envidia porque a ti nunca te pintó.  
*María.*— Ni falta que me hizo, con los cuadros de Carlos pasaré a la historia.  
*Carmen.*— Cuenta con eso. A Lupe sí que le hicieron favor, Diego le pintó los ojos más verdes que la bandera nacional, y Juan, que la pintó pitonisa y hasta esfinge, pero nunca como mujer.  
*María.*— ¿Te acuerdas del sueño de Nicolasa?  
*Carmen.*— ¿Quién?  
*María.*— La cocinera de cuando éramos niñas. Ella soñó que íbamos a ser niñas desgraciadas. Aunque tuvimos amor, fama y algo de dinero, nunca dejamos de estar tristes... ¡Mira, allá lejos a Lupe!  
*Carmen.*— ¿Dónde?  
*María.*— Allá, cerca del manto azul.

En la lontananza, Lupe camina pisando nubes, con altivez y salero.

*María.*— Mejor nos hubiéramos quedado en la casa de Guadalajara y nos hubiéramos casado con un ranchero de Tepa.  
*Carmen.*— Yo no guardo reproches. Amé a Octavio y él me quiso a su manera.  
*María.*— ¿Quien no te puede querer? Papá y mamá siempre te quisieron más que a mí. Hasta Diego te quiso mucho. ¿O crees que no leí la dedicatoria que te escribió de uno de sus libros?: «A Carmen, mi hermana, con quien me hubiera casado de no ser por Lupe». ¡A ver, niégamelo!  
*Carmen.*— Era una niña cuando se casaron. Los tres fuimos al mar azul.  
*María.*— Se han de haber divertido mucho contigo.  
*Carmen.*— No debemos quejarnos porque de menos a ti y a mí nos duraron los maridos. Pero a Lupe, pronto se le esfumó el amor.  
*María.*— Porque Diego era así, quería a todos, pero especialmente a aquéllos que no acababa de conquistar.  
*Carmen, sonriendo.*— Te acuerdas de sus peleas cuando vivían en aquella casa de dos pisos, y que los vecinos veían volar los cuadros por las ventanas del segundo piso. Más de uno de sus amigos recogió el botín, mismo que luego embelleció su pocilga.  
  
*María.*— Por cierto, ¿acabaste tus memorias?

*Carmen.*— Hasta la última página. El INBA me prometió publicarlas, pero hasta ahora, silencio... Y tú, ¿dejaste todo arreglado en los museos de cultura popular de Tonalá y de Tlaquepaque?

*María.*— No sabía que te interesaran tanto mis museos.

*Carmen.*— ¡Cómo de que no! Ya se olvidó que fui la primera directora del museo de arte moderno.

*María.*— A mí no, pero pensé que tú lo habías olvidado. Mis museos están cerrados.

*Carmen.*— Pasa el tiempo y las cosas se esfuman. ¿Cuántos años hemos estado aquí?

*María.*— ¡Qué importa, si aquí ya no nos hacemos viejas!

*Carmen.*— Me cansa esta luz azul, prefiero el sol dorado de Guadalajara. ¿Te acuerdas de nuestro patio?

*María.*— Cuando estoy triste lo reconstruyo mentalmente, con sus grandes macetas, y veo a mamá regañando a Lupe cuando rompió su helecho favorito.

*Carmen.*— Lupe fue siempre de mala condición.

*María.*— ¡No, que va! Si fue la más fuerte de toda la familia.

*Carmen.*— Ella heredó de papá su alma de luchador. Las cuatro trabajamos tanto.

*Carmen.*— Lupe está pensando en nosotras, siento sus vibraciones.

*María.*— Hay que llamarla. Agita tu nube.

Unas nubes se remolinean y azules rayos laserados codifican el cielo.

*Lupe, apareciendo.*— ¿Qué quieren?

*María.*— ¿Tienes noticias de Isabelita?

*Lupe.*— Tarda en llegar, pero presiento que pronto estará con nosotras.

*Carmen.*— Quiero ver a mi pequeña niña llorona. Hace tanto que no tengo a mi querida Isa entre mis brazos. Pongamos nuestras manos juntas e invoquemos nuevamente a Isabel.

Las tres hermanas unen sus manos como las tres gracias: «I...Isa...Isabel...»

Se arrullan con el sonsonete silabeante que isabeliza el silencio. Las mujeres ronronean sus sueños, y como brujas buenas de Macbeth, leen el futuro en las cuencas azules de sus ojos cerrados.

«I...Isa...Isabel... Ya... ya viene... ya está cerca...»

«I...Isa...Isabel...Quiere comunicarse con nosotras...Ya paga el denario de Caronte para cruzar el río de los muertos...»

I...Isa...Isabel...I...Isa...Isabel...»El viejo Caronte haya remado la mitad del Estigia, aún le falta la segunda mitad...»

«I...Isa...Isabel...I...Isa...Isabel...I...Isa...Isabel...Ha cruzado el Aqueronte y el canchero no la ha atrapado entre sus terribles fauces...»

*Isabel, con voz lejana.* Amantísimas hermanas, ya me acerco.

El azul del cielo se isabelió. Las caras de las tres hermanas expectantes se aturquesaron con la

sorpresa. Sus ojos verdes, aún cerrados, parecían de lapislázuli.

*Isabel, con voz acuática.*— Hermanas, ya estoy cerca.

La brisa séfira anunció la llegada.

*Isabel.*— ¡Ya estoy aquí!

Las tres hermanas soltaron sus mágicas manos, y vieron cómo aparecía Isabelita, con sus ojos sonrientes de ollita de Tonalá. Abrazos, besos y lágrimas sin tristeza.

*Lupe.*— ¿Vienes a visitarnos o ya eres nuestra?

*Isabel.*— Acabo de nacer.

*Carmen.*— ¿Qué sientes?

*Isabel.*— No siento nada y siento todo... Amor sin saber el motivo de mi amor. Como si tejiera con hilos de eternidad una red que detiene el tiempo.

*María.*— Traes noticias del más allá.

*Isabel.*— Todas hemos muerto.

*María.*— ¿Y Wolfgang?

*Isabel.*— Prefirió la libertad de la nada y se suicidó.

*Lupe.*— Nunca lo pensamos y hoy somos cuatro viudas. Estamos juntas en el cielo, pero solas.

*Carmen.*— Octavio no quiso ir al cielo, prefirió ir al parnaso de los griegos.

*María.*— Carlos aún anda en pena.

*Isabel.*— Wolfgang prefirió irse al bátrato de los artistas.

*Lupe.*— ¿Y a que no sabes en dónde está Diego?

La recién llegada no atina a dar respuesta.

*Lupe.*— Pues en el Tlalocan de los antiguos mexicanos.

*María.*— Casamiento y mortaja al cielo bajan.

*Isabel.*— Recemos un *réquiem* por nuestros muertos.

*Carmen.*— No, eso es para los mortales. Nosotros ya pasamos la prueba y somos inmortales. Aquí en el cielo no se reza, se canta.

*Lupe.*— ¿Como ven si nos echamos un *gloria*?

\*\*\*\*

El azul del cielo es el velo con el cual se emboza el rostro la Divinidad. La luz celeste es el óleo con que unge su cuerpo y las nubes estofadas son sus vestiduras. La Divinidad sonrió en el cenit de los cielos, acomodó las nubes que le rodeaban y que se le habían movido de lugar, y volvió a posar para el cuadro.

En el museo virtual del Paraíso hay retratos de la Divinidad pintados por las mejores firmas de la historia, pero ningún mural mexicano, por lo que se tuvo que invitar a varios pintores mexicanos para que lo hiciesen.

Entre los cielos y los infiernos, subidos en unas tarimas, los tres pintores preparan las nubes pictóricas y dan enormes pinceladas. Uno de ellos es gordo y viste de overol, el otro es delgado y



más cetrino, y el tercero tiene tipo de austriaco.

La Divinidad volvió su ubicua mirada hacia las niñas marinas que charlaban en el zaguán del infinito y volvió a bendecirlas con su gran amor, diciéndoles con voz impostada de Zeus:

*La Divinidad.*— Dejad que las niñas marinas se acerquen a mí, porque de ellas es el reino de los cielos.

Luego regresó a la pose del cuadro mientras rumiaba la idea de inspirar un cuento a un poeta para que los humanos recordaran la deleitable historia de las niñas marinas.

Las cuatro vírgenes imprudentes llegaron en un santiamén hasta los pies del mural y extasiadas reconocieron en los andamios a sus cónyuges —sus yugos compartidos—. Lupe se acercó y desde abajo llamó la atención del gordo pintor.

*Lupe.*— Hey, señor.

*Pintor, mirando hacia abajo, en medio de una sonrisa.*— ¿Qué quieres, niña?

*Lupe.*— Me quiero casar con usted.

La Divinidad palpitó de felicidad y en el mural de los cielos quedaron las niñas marinas de nuevo matrimoniadas.

NIÑAS  
 NIÑAS MARINAS  
 VÍRGENES IMPRUDENTES  
 NADIE TEJE LOS DÍAS  
 CON CORDELES AZULES DE TIEMPO  
 NADIE PROLONGA LOS DESTINOS  
 NI DA UNGÜENTO A LOS SINSABORES  
 TODO FUE UNA TONTERÍA  
 UN AMARGO DESACIERTO  
 VIERON EL DESFILE DE LA VIDA  
 DESDE UNA ATALAYA MAGNÍFICA  
 VIERON PASAR LA FAMA SIN SER RECONOCIDAS  
 SINTIERON LA TARASCADA DEL ODIO  
 Y LA MORDISQUEADA DE LA ENVIDIA  
 SIN QUE FUERAN ODIABLES NI MENOS ENVIDIOSAS  
 LUPE INICIÓ LA ESTIRPE DE NIÑAS MARÍTIMAS  
 ALTA, GARBOSA, CON OJOS DE SERPENTINA  
 MARÍA, COMPAÑERA Y LAZARILLA  
 CARMEN, LEALTAD DE MUJER PLAGADA DE URGENCIAS  
 ISABEL, MUJER DE HILOS Y DE ARTES-SANOS

NIÑAS NACIDAS PARA SER SIRENAS  
 PERO QUE TUVIERON OFICIO RUDO DE MARINOS

NO HAY MÁS ESTULTICIA QUE QUERER SER FELIZ  
ENTRE AQUÉLLOS QUE DEVORAN EL ARTE  
¡PARA QUÉ QUERER SER PILAR EN UN MUNDO  
QUE SE DESPLOMA A CADA INSTANTE!

NIÑAS PERENES  
NIÑAS INMORTALES  
HICIERON REMOLINOS SOLITARIOS  
HASTA QUE LA NIEBLA CELESTE LAS SOFOCÓ  
DIOSAS MESTIZAS QUE GUARDARON SECRETOS  
EN LAS NIÑAS DE SUS OJOS PORTENTOSOS  
TODO TUVIERON... PERO A DESTIEMPO  
AMOR CUANDO TODAVÍA NO DESPERTABAN AL AMOR  
MATERNIDAD LIBÉRRIMA PARA SUS HIJOS  
JUNTO A MATERNIDAD OBLIGADA PARA SUS ESPOSOS  
SER PAREJA DE ARTISTA ES EL PEOR DE LOS GRILLETES  
PITONISAS QUE INTUYERON LA FORTUNA DEL VIVIR  
Y QUE COMPRENDIERON LA FATALIDAD DEL MORIR  
VIDENTES QUE DESCIFRARON EL ARTE, SIN SER ARTISTAS  
VIVIENDO EN DIVERGENCIA APRENDIERON TANTO

NIÑAS EFÍMERAS  
QUE COMO ARIADNAS ACUÁTICAS  
SALVARON MINOTAUROS  
TEJIENDO HILOS DE DICHA

NIÑAS MARINAS, MUJERES MARINAS, ANCIANAS MARINAS  
FUERON MUJERES CARDINALES PARA DESTINOS DESORIENTADOS  
LUPENORTE, CARMENSUR, ISALEVANTE Y MARIPONIENTE  
SER NIÑA MARINA ES MEJOR QUE SER MAR

### *Unas palabras ociosas*

LAS MARÍN FUERON cuatro mujeres que llegaron a ser paradigma de la mujer en la cultura mexicana a la mitad del siglo XX y luego llenaron con dramatismo el papel de viuda de artista. Cronológicamente llevaron los nombres de: Lupe, María, Carmen e Isabel. Este cuento recupera información recibida en conversaciones a lo largo de muchos años. Especialmente fecundas fueron aquéllas sostenidas con Carmen Marín de Barreda y con Juan Coronel Rivera, nieto de Lupe. El autor conoció en persona a Isabel, Lupe y, particularmente, a Carmen, con la que tuvo gran amistad en Monterrey y Guadalajara.

Lupe, la mayor, escribió dos novelas, y marcó con su belleza y personalidad toda una época, especialmente notorio fue su matrimonio con Diego Rivera, con quien procreó dos hijas, Lupe y Ruth; está última a su vez contrajo matrimonio con el pintor Rafael Coronel.

María casó con Carlos Orozco Romero, el gran pintor jalisciense, y también vivió cercana al mundo del arte.

Carmen casó con Octavio Barreda, poeta e intelectual. Fue la primera directora del Museo de Arte Moderno de México y, posteriormente, colaboró en museos de arte de Monterrey y de Saltillo. A su muerte, dejó inconcluso el proyecto del museo de arte moderno de Jalisco. También colaboró en el servicio exterior como agregada cultural de la embajada de México en Dinamarca.

Isabel fue antropóloga, con especialización en textiles; además, fue fundadora de dos museos de culturas populares en Jalisco. Casó con el pintor Wolfgang Paalen.

Estas cuatro mujeres fueron pioneras en vivir destinos divergentes que antes parecían vedados porque la sociedad no tenía perspectiva de género. Cabe anotar que la familia Marín tuvo otras dos hijas y varios hijos varones. Victoria, que fue esposa del Sr. Rechuelo y se dedicó a un hogar sin hijos, alejado del mundillo cultural.